

EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL FRAGMENTADO

FRAGMENTED ONE DIMENSIONAL MAN

Juan Antonio Rodríguez del Pino

Universidad de Valencia (España)

juan.rodriguez@uv.es

RESUMEN

Parafraseamos el título del conocido ensayo de Herbert Marcuse, puesto que la imagen que tradicionalmente se ha generado del hombre, de la masculinidad, ha sido unidimensional. Es decir, el hombre se caracterizaba por unos rasgos y conductas establecidos y afianzados desde tiempos remotos, considerándose todas las demás señas diferenciadoras como meras desviaciones impropias de lo normativo. Pero observaremos que esta realidad incuestionable, tal y como han analizado diversos investigadores a través de lo que se ha venido en denominar *Men's studies*, ha demostrado ser una falacia difícil de mantener a lo largo de la historia y que en la actualidad deviene en falaz e inoperante frente a los cambios existentes en nuestros actuales modelos societarios.

PALABRAS CLAVE

Masculinidad, mujer, dominación, deconstrucción, modelo.

SUMARIO

1. Concibiendo a hombres y mujeres: lo natural de las cosas. 2. ¿Dominación masculina? 3. Desmontando al hombre perfecto. 4. Algunas cosas que no encajan. Del artefacto cultural al habitus social. 5. Deconstruyendo al macho alfa: las Nuevas Masculinidades. 6. A modo de conclusión inconclusa. Bibliografía

ABSTRACT

Paraphrase the title of the famous essay by Herbert Marcuse, since the image has traditionally been generated of man, masculinity, has been one-dimensional. I mean, the man was characterized by traits and behaviors established and entrenched since ancient time, considering all other distinguishing signs as mere deviations from the normative improper. But observe that this undeniable reality, as analyzed various researchers through what has come to be called Men's studies, has proven to be a fallacy difficult to maintain throughout history and today turns into fallacious and ineffective against changes in our current existing corporate models.

KEYWORDS

Masculinity, female, domination, deconstruction, model.

CONTENTS

1. Conceiving men and women: the natural of things. 2. Masculine domination? 3. Deconstructing the perfect man. 4. Some things that do not fit. Cultural artifact of the social habitus. 5. Deconstructing the alpha male: the New Masculinities. 6. To conclude unfinished. References.

1. CONCIBIENDO A HOMBRES Y MUJERES: LO NATURAL DE LAS COSAS

Frente a la idea extensamente extendida tradicionalmente, según la cual “el hombre es la medida de las cosas”, es decir, el hombre es la referencia de la humanidad. Segal indica que “los hombres (...) son una construcción de género y no la representación de la condición humana” (Carabí y Armengol, 2000:165).

Para la mayoría de las investigaciones, la masculinidad existe en contraste con *la feminidad*, de esta manera la cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de elementos diferenciados -por lo menos en principio-, no tiene un concepto de masculinidad puesto que tampoco lo posee para el concepto de feminidad. En este sentido recogemos lo indicado por Connell cuando afirma que: “La masculinidad existe sólo en contraste con la feminidad. Una cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el sentido de la cultura moderna europea/americana.” (Valdés y Olavarría, 1997:32) Este no es el caso de la cultura occidental, más bien desde este planteamiento se elabora la construcción social de la masculinidad, a través de la emergencia de una masculinidad hegemónica que no sólo oprime a las mujeres sino también a otras masculinidades subordinadas (Connell, 1997; Kimmel, 1997; Kaufman, 1997).

Las masculinidades, según indica Gilmore, “tienen muchos elementos comunes en culturas diferentes” (Carabí y Armengol, 2008:33). Asimismo se observa como resulta en muchas culturas un hecho social vinculado a lo físico, puesto que tener genitales masculinos significa simplemente ser macho, pero no “ser hombre” ya que la masculinidad se construye a través de la producción y recepción de semen (Herdt, 1981). En ese mismo sentido se expresa David Gilmore cuando afirma que: “el hecho de tener un pene no es suficiente para ser un hombre de verdad, hay que ‘hacer’ algo” (Carabí y Armengol, 2008:39).

Asimismo, la masculinidad, como indica Kimmel, “significa cosas distintas para todo hombre a lo largo de su vida” (en Carabí y Armengol, 2008:17). Por tanto, varía en el tiempo, en el contexto social, en las costumbres, en la memoria social, en el tipo de economía, en el objetivo social buscado, en la ideología y la convivencia histórica que la definen dentro de un grupo social determinado. En este sentido, dentro de las posibles clasificaciones antropológicas, la planteada por Gutmann define lo masculino en referencia a todo aquello que es diferente, es decir, a lo femenino (Gutmann, 1998:49).

Por otro lado, desde una visión psicoanalítica, Lynne Segal, indica que: “Para justificar la crisis de la masculinidad de hoy en día, inmediatamente desciframos un cuadro en el que las diferencias más significativas son las existentes *entre* los mismos hombres más que entre hombres y mujeres” (Carabí y Armengol, 2000:160) Aunque esa “crisis de la masculinidad” se encuadra “en este contexto más amplio de una común vulnerabilidad humana que podría ayudar a paliar las maneras en las que los hombres se sienten amenazados, simplemente como hombres” (Segal en Carabí y Armengol, 2000:173).

Asimismo, años antes, Brandes (1980) describió cómo las identidades masculinas se desarrollan en relación a la mujer. Y como la presencia de las mujeres es un factor significativo de la propia subjetividad masculina, acerca de lo que significa ser un hombre (Brandes, 2004).

Una cuestión sobre la cual todos los teóricos están plenamente de acuerdo es la que afirma que la división por géneros es una construcción social. Este planteamiento lo observamos, también en Kimmel (Valdés y Olavarría, 1997:23) cuando apunta que:

"La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas".

Siguiendo con esta idea, Bourdieu, en una obra ya clásica, señala que "al carecer de otra existencia que la relacional, cada uno de los dos sexos es el producto de construcción diacrítica, a un tiempo teórico y práctico, que es necesario para producirlo *como cuerpo socialmente diferenciado* del sexo opuesto" (2000:38).

Ésta impone una definición que no es homogénea y que se convierte en adaptable según el contexto cultural al que se hace referencia. La división de opiniones entre el feminismo es amplia y así, por un lado hay una línea mayoritaria que afirma que tanto la masculinidad, como la feminidad son construcciones relativas, y su construcción social sólo tiene sentido con referencia al otro (Badinter, 1993:25-26). Frente a esta idea, observamos planteamientos contrarios como los de Judith Butler afirma que "El empeño por describir al enemigo como una forma singular es un discurso invertido que imita la estrategia del dominador sin ponerla en duda, en vez de proporcionar una serie de términos diferente" (Butler, 2007:66).

Estas aseveraciones resultan polémicas y no son consideradas por el grueso de la comunidad feminista. Butler critica el planteamiento dual afirmando que "las categorías de identidad funcionan simultáneamente para ceñir y limitar por anticipado las mismas opciones culturales que, presumiblemente, el feminismo debe abrir" (2007:285).

2. ¿DOMINACIÓN MASCULINA?

Identificado este punto, observamos cómo se ha consolidado una idea previa que impregna toda la investigación y que afirma que el hombre "domina" sobre la mujer basándose en una razón histórica: "Durante milenios, el hombre, el varón, ha dominado a la mujer, la hembra de la especie científicamente especificada -primordialmente por científicos varones- como *Homo Sapiens Sapiens*" (Vendrell, 2002:31). Esta idea immanente ha servido como pretexto para el establecimiento de las bases ideológicas del patriarcado: la natural dominación de la mujer por parte del hombre. "la división entre los sexos parece estar en el "orden natural de las cosas", como se dice a veces para referirse a lo que es normal y natural, hasta el punto de ser inevitable" (Bourdieu, 2000:21).

Esa naturalización de la dominación masculina está basado en un orden preestablecido por una parte de la población y "la fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarlas" (Bourdieu, 2000:22).

El paradigma de esa dominación sexual alcanza su cenit cuando las propias mujeres asumen la dominación por parte del hombre como un hecho incuestionable, natural: "Las mismas mujeres aplican a cualquier realidad y, en especial, a las relaciones de poder en las que están atrapadas, unos esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadoras del orden simbólico" (Bourdieu, 2000:49).

De hecho como indica Lynn Segal, "Otra de las razones por las que es tan difícil romper los códigos que vinculan la sexualidad a las polaridades jerárquicas del género es que,

fuera del discurso sexológico, la producción cultural masiva para las mujeres está construida alrededor de las convenciones y placeres de la narrativa romántica clásica” (Segal, 2005:22-23).

Lo cierto es que frente a los cambios que puedan producirse socialmente, para la *verdadera masculinidad* el poder, la dominación, la competencia y el control son los mejores datos que demuestran la necesidad de su permanencia (Fernández-Llebrez, 2004:37). De ahí que la forma de obtener y desarrollar el poder y el control sobre los demás suponga también una forma de control y poder sobre nosotros mismos, algo que se convierte con facilidad en fuente de dolor para los demás y puede convertirse en fuente de dolor para uno mismo (Kaufman, en Valdés y Olavarría, 1997:63).

3. DESMONTANDO AL HOMBRE PERFECTO

El concepto de hombre ha sido “empujado” a redefinirse puesto que las mujeres han hecho lo propio con anterioridad. En palabras de Elizabeth Badinter:

“Hasta hace poco, la mujer era el gran desconocido de la humanidad y nadie veía la necesidad de interrogarse sobre el hombre. La masculinidad parecía algo evidente: clara, natural y contraria a la femineidad. En las tres últimas décadas estas evidencias milenarias se han hecho añicos. Las mujeres en su voluntad de redefinirse, han obligado al hombre a hacer otro tanto.” (1993:14).

Así, el concepto de masculinidad es variable, polisémico, no hay un único concepto de masculinidad, aunque las definiciones de lo masculino tienen un carácter relacional: lo masculino se define socialmente y, sobre todo, frente a lo femenino. De hecho, el actual estereotipo de masculinidad moderna imperante está estrechamente ligado a la sociedad burguesa surgida posteriormente de la Revolución Francesa (Mosse, 2000:23).

En cualquier caso, el término masculinidad es esquivo incluso para los mismos hombres, cuando se pregunta por la misma masculinidad a los agentes sociales, estos no son capaces de darle un contenido específico en su discurso más allá de demarcar lo *que no es* (García, 2008:43). Es decir, se define por su contrario.

Al mismo tiempo, el concepto de masculinidad condiciona los estudios sobre los hombres. Esto es debido al peso que tiene el concepto en el imaginario colectivo de la sociedad sobre el prototipo de masculinidad. Lo masculino deviene, de esta manera, en una suerte de *estructura* de patriarca dominador. En este sentido la categoría es incómoda, y es señalada como sospechosa por algunas perspectivas feministas y como apunta Marta Segarra: “La masculinidad se revela, no sólo en la publicidad sino en los medios de comunicación y en la mayoría de los discursos sociales e intelectuales, como *transparente*” (Segarra y Carabí, 2000:174). Aunque tal como señalaba Marqués, “Ni los hombres son tan parecidos entre sí potencialmente, ni son potencialmente tan distintos a las mujeres (...) Aunque el sistema patriarcal se encargará de tratar a las personas como si fueran idénticas a las de su mismo sexo y muy diferentes al del opuesto” (Marqués en Valdés y Olavarría, 1997:18). Poco a poco, y como antes lo fueron las mujeres, o los homosexuales, o las minorías raciales y étnicas, los hombres son definidos como una nueva forma de alteridad (Guasch, 2006:103).

Todo ello va implicando que las sucesivas crisis de la identidad masculina se vayan produciendo conforme se continúen registrando transformaciones culturales que cuestionen o transgredan los principios aceptados de manera generalizada y que definen el perfil prototípico del *ser* hombre (Montesinos, 2002).

Aunque debemos tener en cuenta que las nociones de masculinidad y feminidad son construcciones culturales y conceptos occidentales que se manifiestan de forma diversa en otros, es evidente que en la actualidad la sociedad occidental moderna predomina sobre otras culturas. Nos estamos refiriendo, por tanto, al modelo masculino de nuestro entorno más inmediato, no siendo un reflejo -necesariamente- de otros entornos culturales diferentes.

En este punto, habría que aclarar qué se quiere decir cuando se hace uso del término "ser hombre", ya que se corre un peligro:

“Nos hemos pasado tanto tiempo diciendo quién era el verdadero hombre... Es tan frecuente que incluso hombres particularmente atípicos se definan como normales o incluso paradigmáticos. Es tanta la megalomanía corporativa masculina, que cualquier tentativa de trabajar la identidad masculina es, en ese sentido, peligrosa de volver a caer en alguna androlatría, o auto-bombo (Marqués, citado en García, 2009:1).

Se advierte de la deriva, tantas veces ensayada, de la vuelta a la exaltación masculina cuando se entiende cuestionada. Y en cierto modo avanza la necesidad de anclar el análisis de las masculinidades más allá de los juegos de las redenciones o de la vuelta a la virilidad como sustancia.

Evidentemente el estereotipo masculino más clásico (hegemónico y patriarcal) supone una *coartada ideológica* difícil de llevar a la práctica, aunque el hecho de que el estereotipo no sea plausible en su totalidad no significa que no haya intentos, ni que no se practique en buena medida. Ejemplos de estas contradicciones son la distancia y el miedo hacia la homosexualidad, la tan habitual homofobia (Fernández-Llebrez, 2004:40).

Si se habla de masculinidad o feminidad, se nombran las estelas de sentido en que se forjan las identidades. Pertenecen, por tanto, a un plan que pronto excede el meramente individual y nos conecta con la cultura y las representaciones que se tejen sobre la hombría (Gilmore, 1994).

En el análisis del cambio social de Occidente desde las tensiones en torno a la pervivencia, crisis o superación de la modernidad, se puede perseguir la masculinidad y no sólo como representación sociocultural de una posición en el sistema de los géneros, sino como categoría política (Winterhead, 2002) presente en la organización social de la ciudadanía y traducida en una serie de privilegios.

4. ALGUNAS COSAS QUE NO ENCAJAN. DEL ARTEFACTO CULTURAL AL HABITUS SOCIAL

Como indica Seidler, “Con los retos del feminismo y los movimientos de liberación *gay*, los varones han tenido que repensar su relación con la heterosexualidad, como parte de una exploración para replantear lo que significa ‘ser un hombre’” (Seidler, 2005:78).

Asimismo, Daniel Gabarró, señala al respecto de la necesidad de modificación de los parámetros masculinos que “los varones no poseemos ni tan siquiera la conciencia de que este cambio es necesario y posible” (2008:104).

Esto procede de la situación de poder de la cual parte el hombre y que no está dispuesto ni a discutir ni a compartir. Pero, a su vez, como plantea Michael Kaufman: “...el poder social de los hombres es la fuente de su poder y privilegios individuales, pero también es fuente de su experiencia individual de dolor y alienación...el reconocimiento de tal dolor es un medio para entender mejor a los hombres y el carácter complejo de las formas

dominantes de masculinidad” (1994:123). De este modo, nos encontraríamos con que el dolor, el aislamiento y la carencia afectiva son la contrapartida de esta forma de entender el poder.

Se ha consensuado la idea según la cual lo masculino y lo femenino, el género, son constructos sociales, esto implica por lo tanto, que son elementos artificiales creados por el ser humano. Si entendemos por *Artefacto cultural*, “todo aquello producido por el ser humano”, la noción de género también será considerado un artefacto cultural, aunque en realidad, en un sentido estricto, deberíamos de referirnos a ello como un “artefacto cultural inmaterial”, dado que resulta un elemento artificial construido por el ser humano pero que no posee corporeidad física, si no que resulta un planteamiento teórico y conceptual. Desde esta visión, como indica Clifford Geertz, “La concepción de la cultura desde el punto de vista de los "mecanismos de control" comienza con el supuesto de que el pensamiento humano es fundamentalmente social y público” (Geertz, 2003:52).

En este sentido, nos interesa apelar a Seidler cuando afirma que el feminismo ha sido clave para modificar en el imaginario colectivo ciertas ideas, y así indica que “el feminismo ha sido decisivo al cuestionar el carácter posesivo de las relaciones heterosexuales” (2005:93).

Por otro lado Geertz, asume el concepto que Parsons plantea de cultura cuando indica que, “elaboró un concepto de cultura entendida como sistema de símbolos en virtud de los cuales el hombre da significación a su propia experiencia. Sistemas de símbolos creados por el hombre, compartidos, convencionales, y, por cierto, aprendidos, suministran a los seres humanos un marco significativo dentro del cual pueden orientarse en sus relaciones recíprocas, en su relación con el mundo que los rodea y en su relación consigo mismos.” (2003:215).

La conducta masculina tomada como artefacto cultural inmaterial implica unos procesos de reconocimiento social en forma de rituales. En este sentido, la definición clásica de Víctor Turner establece que el ritual es una “conducta prescrita en ocasiones no dominada por la rutina tecnológica y relacionada con la creencia en seres o fuerzas místicas” (Turner, 1980:19). El cual requiere de un lenguaje particular, espacio, artefactos y personajes o sujetos que los llevan a cabo.

Como apunta Seidler, “parte del atractivo de la noción de que las masculinidades son “social y culturalmente construidas” deriva del espacio que ayuda a crear para pensar que no hay un solo modelo al que los hombre se tengan que ajustar” (2005:79).

Por este motivo, avanzando en la conceptualización de un nuevo modelo de repensarse hombres, es necesario tomar como referencia la sociología, y así, observamos que en definitiva el nuevo hombre, la nueva masculinidad, debería de asumir el feminismo y la igualdad incorporándolo como parte de sí. Tendría, por tanto, que incorporarse al acervo masculino como parte de su *habitus* (en el sentido Bourdieuano del término). Bourdieu definía el *habitus* como: “ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas.” (1997:19).

La interiorización de la igualdad por parte de los hombres implica una práctica consciente y continuada. Esto se debe a que, “El *habitus* es esa especie de sentido práctico de lo que hay que hacer en una situación determinada” (Bourdieu, 1997:40).

Una de las principales esferas donde tradicionalmente el individuo se ha desarrollado ha sido la social. Y el ámbito laboral ha sido uno de sus principales indicadores así, “los ideales masculinos representan una contribución indispensable tanto a la continuidad los sistemas sociales como la integración psicológica de los hombres en su comunidad”

(Gilmore, 1994). Por ello, cuando nos encontramos ante una situación de desempleo, el individuo se siente estigmatizado ante el grupo, generando en ellos un inicial sentimiento de inseguridad. Esta situación es producto de una cultura según la cual "el trabajo nos hace hombres" (Ruiz en Valcuende y Blanco, 2003).

La estructura dominante masculina tradicional presenta muestras de su escasa consistencia real, así "La identificación entre masculinidad dominante y razón, que desempeña tan decisivo papel en el sometimiento de las nociones de superioridad masculina, al mismo tiempo crea dificultades en las vidas emocionales de los varones." (Seidler, 2005:88).

5. DESCONSTRUYENDO AL MACHO ALFA: LAS NUEVAS MASCULINIDADES

Por otro lado, compartimos la tesis expuesta por diversos autores, según la cual desde los años noventa se observa una paulatina crisis del rol de género masculino como proveedor económico principal del grupo familiar. Esta crisis se ha producido, por un lado, por el nivel crítico alcanzado con los modos de empleo tradicionales y, por otra, por las profundas transformaciones que se han dado en la familia nuclear (Gutmann, 2002; Rivas, 2006; Burín, 2007). Esta situación de desempleo no supone más que un nuevo estadio dentro del marco de desarrollo de las relaciones de género.

Una evidencia no tan evidente en la actualidad, es la que indica que ser hombre es, de entrada, encontrarse en una posición que implica poder (Bourdieu, 2000). Pero esta lógica de la diferencia sexual es atributiva y también distributiva, ya que cada grupo tiene unos atributos culturales que los define y al mismo tiempo los organiza de manera jerárquica sobre el otro, ha entrado en crisis. Aunque los hombres desean adquirir estatus entre otros hombres, lo que confieren las recompensas materiales y que junto con los rituales de la solidaridad masculina (Guiddens, 1998:62). Ante una nueva situación de cambio "se le exige" a los actores que actúen adaptando sus maneras de proceder. Ante esto surgen diferentes respuestas que son reflejo y paradigma de la sociedad donde se encuadran.

En toda esta situación se observa en ambas direcciones lo que se ha venido en denominar *estereotipos de género*, donde lo que subyace es un modelo dualista que normaliza dos posiciones "puras" convirtiendo al resto en sus "desviaciones". Como consecuencia de ello, las relaciones interpersonales que se sustenten en emociones, sentimientos, intuiciones y roce físico serán consideradas por el estereotipo masculino como femeninas y serán eludidas. Esto afectará tanto a la relación con mujeres como con otros hombres (Fernández-Llebrez, 2004:34).

Ese modelo de masculinidad imperante muestra sus grietas de la misma manera que el modelo de sociedad tradicional y de familia tradicional, empiezan a ser cuestionados. Surgen, no sin dificultades, nuevos modelos que intentan dar respuesta a las nuevas situaciones. En definitiva, la manera como se entienden la masculinidad y las relaciones de género es compleja, la noción de masculinidad está en construcción (Guasch, 2006:17). Y es un proceso que no finalizará nunca.

Lo más probable es que todo cambio se mire con precaución, en este sentido los hombres pueden observar la igualdad como una pérdida de poder, de la hegemonía pasada, pero si la "construcción de la masculinidad no varía, no cambia casi nada" (Segarra y Carabí, 2000:18).

Es evidente que no nos referimos a todos los hombres, sólo a los hombres heterosexuales de clases socioeconómicas razonablemente acomodadas (clases medias sobre todo), que al quedar expuestas las bases reales del neoliberalismo, los valores y elementos de los que emanaban las fuentes de legitimidad, y que ahora están siendo deslegitimados; se encuentran desubicados y sin referencias. Estos hombres observan como los elementos de legitimidad de antes: Familia, Estado, País..., han cambiado sus significados últimos, para convertirse en elementos poliédricos, diferentes. A estos hombres hay que acercarse desde una perspectiva de género, recogiendo así el consejo de parte de las teorías feministas contemporáneas de cartografiar la posición indiscutida -al menos, hasta hace poco- de la dicotomía de los géneros modernos persiguiendo el esfuerzo de los *Critical Studies of the Men* o estudios críticos sobre los hombres, como se ha traducido, para hacer visible la marca de género de estos hombres. Muestra el género de los sin género, el género que se presenta como ausencia de género, como género invisible pero transparente (García, 2009:3-4).

Aún con todo, “cuando planteamos las sexualidades heterosexuales masculinas, es decisivo que no generalicemos a través de la clase social, la raza y las etnias. También es importante considerar que la gente necesita diferentes tipos de relaciones en diferentes momentos de su vida. Necesitamos deshacernos del moralismo que ha hecho tanto daño a las discusiones sobre política sexual (Seidler, 2005:89).

A pesar de todo lo dicho, no podemos obviar el hecho según el cual, para ciertos investigadores, el modelo sobre el cual se sustenta el ideario básico de los *Men's Studies*, es decir, la *masculinidad hegemónica*, está ya agotado, afirmando que no reflejan la complejidad de las identidades masculinas. Asimismo, plantean su poca capacidad explicativa respecto de las relaciones de poder entre los hombres mismos. Y así, el estudio de estas identidades requiere de la búsqueda de nuevos y múltiples referentes teóricos (Menjívar, 2010:64-65).

6. A MODO DE CONCLUSIÓN INCONCLUSA

Como plantea Celia Amorós (2000), la mujer realiza una vindicación de ocupación del espacio social como sujeto, aunque esta reclamación espacial se realice en el momento en que está en cuestión el concepto de sujeto dentro de un espacio más amplio, además de la fuerte carga androcéntrica que este término posee y que se ha configurado de manera clásica en la exclusión de la vida social de las mujeres. Siguiendo este axioma, las nuevas masculinidades reclaman también un cambio de paradigma que reclame un papel más proactivo de los hombres pro-feministas, que implique la eliminación de elementos hegemónicos patriarcales y apueste por acciones tendentes a una paridad real. La asunción del espacio social por un sujeto nuevo.

A pesar de todos los vaivenes teóricos que puedan observarse, “habrá que reconocerse que vivimos un proceso de cambio cultural donde la transformación de alguno de sus símbolos, y las prácticas que de ellas emanan, provoca que tanto hombres como mujeres construyan su identidad a partir de los mismos rasgos, lo que en lugar de conferir certidumbre en cuanto a la pertenencia a un género, provoca confusión y a veces un miedo no reconocido” (Montesinos, 2004:16). En este sentido, la crisis de la masculinidad se da por un agotamiento del modelo tradicional de lo masculino y las dificultades para encontrar un modelo alternativo de “hombría”.

Si tras lo indicado se acepta el axioma según el cual, el surgimiento de nuevas explicaciones para el concepto de masculinidad no es un hecho aislado, sino un *continuum* dentro de una sociedad cambiante: ¿Hay una homogeneidad en cuanto a lo que se han venido a denominar como "nuevas masculinidades"?

Así, según indica Beck, “en conformidad con el estereotipo masculino tradicional de los roles sexuales, el “éxito” del hombre estaba ligado esencialmente al éxito económico, profesional. Sólo unos ingresos seguros le permitían cumplir el ideal de masculinidad del ‘marido y padre de familia pródigo’” (2002:140). Pero en la actualidad esta máxima ya no se sostiene en su totalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, C. (2000), *Feminismo y filosofía*, Madrid, Síntesis.
- BADINTER, E. (1993), *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- BECK, U. (2002), *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Paidós.
- BOURDIEU, P. (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- BRANDES, S. (2004), “Si ves la misma tierra con ojos extranjeros puedes plantearte cosas que el nativo no se plantea”, entrevista de López, S. para *Antropólogos Iberoamericanos en Red*, Madrid, nº 38.
- BUTLER, J. (2007), *El Género en disputa. El Feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós.
- CARABÍ, À. y ARMENGOL, J. (eds.). (2008), *La masculinidad a debate*, Barcelona, Icaria.
- FERNÁNDEZ-LLEBREZ, F. (2004), “¿Hombres de verdad? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía.” en *Foro Interno*, nº. 4, pp. 15-43.
- GABARRÓ, D. (2008), “Transformar a los hombres: un reto social” en www.danielgabarro.cat.
- GARCÍA, A. (2009), *Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones de la masculinidad en España (1960-2000)*, Tesis Doctoral, Madrid, Editorial Universidad Complutense.
- GARCÍA, A. (2008), “¿Qué les pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias en la modernidad tardía”, *Revista Arxius*, nº. 19, pp. 41-51.
- GEERTZ, C. (2003), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- GIDDENS, A. (1998), *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra.
- GILMORE, D. (1994), *Hacerse hombre, concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós.
- GUASCH, O. (2006), *Héroes, científicos, heterosexuales y gays*, Barcelona, Bellaterra.
- GUTMANN, M. (2002), “Las mujeres y la negociación de la masculinidad”, en *Nueva Antropología*, vol. XVIII, nº 8, pp. 99-116.
- GUTMANN, M. (1998): “Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad”, en *Revista de estudios de géneros. La ventana*, nº 8, pp. 47-99.
- HERDT, G. (1981), “Semen depletion and the sense of maleness”, en *Ethnopsiquiátrica*, nº 3, p. 79-116.
- KAUFMAN, M. (1995), “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Arango, L.; León, M. y Viveros M. (comps.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá, Tercer Mundo, pp. 123-146.
- MENJÍVAR, M. (2010), “La Masculinidad a debate”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales*, nº 154, pp. 1-102.
- MONTESINOS, R. (2004), “Los cambios de la masculinidad como expresión de la transición social”, en *El Cotidiano*, UAM. 20, 126.
- MONTESINOS, R. (2002), *Las rutas de la masculinidad*, Barcelona, Gedisa.

- MOSSE, G. (2000), *La Imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Talasa.
- RIVAS, A. (2006), “El empleo o la vida: Perder el empleo para conservar la vida o renunciar a la vida para conservar el empleo. ¿De qué conciliación hablamos?”, en *AIBRI. Revista de Antropología Iberoamericana*, nº 3, pp. 367-374.
- SEGAL, L. (2005), “Repensando la heterosexualidad: las mujeres con los hombres”, en *Debate Feminista*, vol. 11, pp. 17-33.
- SEIDLER, V. (2005), “Los hombres heterosexuales y su vida emocional”, en *Debate Feminista*, vol. 11, pp. 78-111.
- TURNER, V. (1980), *La selva de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI.
- VALCUENDE, J. y BLANCO, J. (eds.). (2003), *Hombres, la construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa.
- VALDÉS, T. y OLAVARRÍA, J. (eds.). (1997), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, ISIS Internacional y FLACSO, nº 24.
- VENDRELL, J. (2002), “La masculinidad en cuestión. Reflexiones desde la antropología”, en *Revista Nueva Antropología*, vol XVIII, nº 61, pp. 31-52.
- WHITEHEAD, S. (2002), *Men and Masculinities*, Cambridge, Polity Press.

RECIBIDO: 24/6/2013

ACEPTADO: 23/9/2013

Breve currícul:

Juan Antonio Rodríguez del Pino

Licenciado en Geografía e Historia y Licenciado en Antropología Social y Cultural. Desde 2007 hasta la actualidad es profesor de la Universidad de Valencia. Investiga sobre temas de Género (especialmente en Nuevas Masculinidades) y sobre temas de Desarrollo Local. Tiene diversas publicaciones sobre dichos temas: *Políticas de igualdad para nuevos modelos de relación*, “Políticas de Igualdad en un mundo de hombres ¿Una necesidad para el cambio?,” en *Prisma Social* y la obra colectiva *Nuevos escenarios para el desarrollo local: Políticas de empleo, innovación y responsabilidad territorial*. También es miembro del Grupo de Investigación en Desarrollo Territorial (GRIDET).